

Acta Poetica, núm. 12, Seminario de Poética, Instituto de Investigaciones Filológicas, México: UNAM, 1992.

Miscelánea de intermedarios y demonios

La revista *Acta Poetica*, publicación del Seminario de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas (UNAM) ha contado a lo largo de su existencia con colaboradores de renombre nacional e internacional, quienes han abordado la problemática de la teoría y de la crítica literarias. Tiene en su haber —la revista— números de carácter monográfico y también recopilaciones de artículos varios sobre temas diversos relacionados con la cultura en general y particularmente con la literatura.

Este número da inicio con un ejemplo de relato histórico (las *Cartas de Colón*), seguido de un modelo de narración de viajes (de Pérez Galdós), géneros que abordan Iris Zavala y Ana Castaño, respectivamente. Sobre el género novelístico, trata el artículo de Horacio Costa acerca de *El año de la muerte de Ricardo Reis*, de José Samarago. Sergio Pitol analiza el personaje de *Las aventuras del buen soldado Schveik durante la guerra mundial*, de Jaroslav Hasek. Margarita León presenta una exégesis de la novela de Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*. Se cierra la revista con dos ensayos críticos, donde se cuestionan y aclaran los respectivos textos que estudian Tatiana Bubnova y Helena Beristáin, a saber, *La posmodernidad y Mijail Bajtín. Una poética dialógica*, de Iris Zavala y *Teatro y liberación* de Ana Goutman.

Diversidad de ensayos se van dando la mano uno al otro y se sueltan luego pausada-

mente introduciéndonos cada uno de ellos en el tema a tratar: teoría o crítica literarias, remembranzas de viajes, desenmascaramiento de personajes y ámbitos literarios, evocaciones de demonios y brujas, exploración en la literatura del *fin'amor*, calas en la estrategia del discurso novelístico, apropiaciones y deslindes dialógicos, finalmente, el teatro popular y su representación: la vida.

Los pensadores, escritores y personajes literarios develados por los autores de *Acta poética* son innumerables; se abarca, entre los primeros, desde la época de los pitagóricos, Sócrates, Platón, Aristóteles, San Agustín, hasta los contemporáneos como Girard, Duby o Bajtín, Foucault, Le Goff o Castoriadis. De los escritores de envergadura que salen a la luz en estas páginas están un Chrétien de Troyes, un Pessoa, un Pérez Galdós, entre otros.

Y de los protagonistas literarios que emergen aunque sea por breves momentos —algunos— a partir de los comentarios, sondeos e indagaciones que presentan los respectivos autores, podemos nombrar a Lilith, a Satán, a Filoctetes, Heracles, a los dioses del Olimpo, a Tristán e Isolda, a Lancelot y Ginebra, a los indios americanos, al pueblo de Ixtepec, al soldado Schveik, a madame Bovary.

La revista, como se ve, da para más, pero en esta ocasión me limitaré a los artículos que tocan temas y asuntos relacionados con el mundo medieval: “En torno a una historia de demonios”, de César González Ochoa; “La bruja, el diablo y el inquisidor”, de Esther

Cohen; “La cueva de dos entradas”, de Fabio Morábito y “La mujer en la baja Edad Media. Matrimonio y ‘fin amor’”, de Annunziata Rossi, mismos que conforman —a mi modo de ver— un cuarteto de intermediarios.

El primero, en su artículo “En torno a una historia de los demonios” hace un rastreo de las creencias de autores clásicos sobre “seres de jerarquías inferiores a los dioses; seres bienhechores o maléficos que intervienen directamente en los asuntos humanos y en el curso del mundo en general” (p. 83). Parte de los pitagóricos, luego Platón, Xenócrates y Apuleyo, autor en el que se detiene al hablar de esos seres intermediarios entre la esfera divina y la humana: “Entre los dioses y los hombres son los demonios los que llenan ese vacío” (p. 89).

Los intermediarios son también guardianes: “Se trata de un ‘guardián privado’... testigo inevitable, desaprobador del mal, aprobador del bien’, que puede llegar a ser si lo veneramos como Sócrates veneró el suyo, ‘un aclarador de situaciones confusas, ... un protector en el peligro’” (p. 92).

En Plutarco el demonio o intercesor vendría a ser “la percepción de una voz o la inteligencia de una palabra que le llega [a Sócrates] de una manera extraordinaria”.

César González marca la transición: “La identificación de los demonios con el mal es obra del cristianismo” (p. 94). El autor inicia su indagación sobre los argumentos de san Agustín para refutar la idea de Apuleyo de demonio como mediador entre los dioses y los hombres. Contra Apuleyo dice san Agustín: “¡Buena cosa es la santidad de Dios! No tiene comunicación con el hombre que le ruega, pero la tiene con un demonio que actúa

insolentemente. No tiene comunicación con un hombre lleno de arrepentimiento, pero la tiene con uno lleno de trampas”... (p. 96).

El cristianismo arrojó a todos los demonios, intermediarios buenos o malos a las huestes de Satán. César González concluye que al definir san Agustín a los intermediarios como seres miserables pero inmortales y cuyo poder es el de la inquina “...en este punto la historia de los demonios se confunde con la de otro personaje, el diablo, venido de Oriente, fusión ésta que originó uno de los seres más importantes de Occidente en los últimos diez siglos” (p. 98).

El ensayo de Esther Cohen versa sobre otra intermediaria, pero esta vez, entre el diablo y los humanos, la bruja, protagonista principalísima en la propagación del mal, según la Santa Inquisición. La autora parte de que los hombres del Renacimiento recrean la sentencia bíblica de dar muerte a la hechicera, pero “modelándola a la imagen y semejanza de sus miedos y obsesiones, de sus fantasías y excentricidades” (p. 99); de manera más contundente dirá adelante que en el cuerpo de la bruja, “en esa bestia diabólica enloquecida por el furor del sexo, los hombres del Renacimiento (y no sólo, también los de la modernidad) vieron al enemigo de la nueva racionalidad...” (p. 106).

En este artículo cuyo título es de por sí sugerente, se aborda una obra apasionante, el *Malleus Maleficarum* (o *Martillo para las brujas*), donde la bruja viene a ocupar el lugar de “basurero institucional” por razón de su cópula con Satán

La bruja es producto del inquisidor —sostiene la autora— pero también de la tradición, de

los ecos de la infancia de la humanidad, por lo que los autores del *Malleus* la relacionan arbitrariamente con Diana, debido quizá a que “hay algo que une a estas dos figuras: su crueldad y fascinante independencia frente al yugo masculino, su sexualidad excluyente o abiertamente inhumana y diabólica” (p. 112).

El texto de Fabio Morábito da entrada a una cueva donde el protagonista, eslabón que espera, es un intermediario más, Filoctetes, un lisia-do que tiene un poder que no poseen los hombres fuertes y sanos: el arco de Heracles.

Ese hombre, “el arrodillado, el herido de una pierna”, es como la cueva de dos entradas —ámbito que da título al ensayo— sin fondo ni privacidad, “traspasable de lado a lado, no opone obstáculos a la circulación de elementos, y el hombre, como ella, no puede frenar la circulación del mal en su organismo” (p. 122). Morábito define a este hombre como “ontológicamente sonámbulo”, hombre enfermo y destinado a cumplir una hazaña superior: volver heredable el arma divina; es el gran intermediario entre los dioses y los hombres; en él está representada la zona intermedia “en donde las cosas dejan de ser divinas para volverse humanas, cosas de aquí abajo, de la misma manera como debe haber un largo paréntesis purgativo en toda la transmutación de un ser humano a un dios inmortal, como es el caso de Heracles y del propio Filoctetes” (p. 126). Transmitir lo adquirido es la función que el autor atribuye no sólo a Filoctetes sino también a la cueva con dos aperturas. Y de alguna manera también ha sido ésa la función en el propio Morábito.

Otra intermediaria, “una presencia-ausencia de la cual, si algo sabemos, es a través del

‘otro’, del hombre...”, está representada en la mujer y su función dentro de la institución matrimonial, pero también como protagonista del *roman courtois*. Ésta es la problemática que toca Annunziata Rossi en su artículo. La mujer es la encargada de la perpetuación del patrimonio familiar, y ella es la que posibilita que el amante “cortés” se aproxime hasta la perfección. Tanto en la esfera donde se rechaza el amor-pasión (matrimonio), como en la que se le tolera (*fin’amor*), la mujer es pieza principal, aunque siempre como una entidad hablada por “otro”, “puesta en el pedestal por miedo —como dice irónicamente Henry Rey Flaud— que de allí descienda” (p. 168).

A. Rossi afirma que “en el Bajo medioevo no es la literatura la que imita la realidad, sino la realidad la que imita y se adecua a la literatura” (p. 154). Y más adelante, después de referirse a Guillermo de Aquitania, André le Chapelain, Chretien de Troyes, entre otros, muestra cómo la poesía encausa el descontento de los segundones desposeídos: “Nos parece muy importante la tentativa del grupo aristocrático juvenil para crear una imagen nueva de la mujer, idealizada aunque lejana de la identidad femenina.” (p. 165)

En otro sentido la realidad también se ha adecuado a la literatura, por eso dice A. Rossi que “no podemos sorprendernos si en el siglo XII no es sólo el hombre quien no cree en la igualdad de la mujer, sino la mujer misma” (p. 163); y quien ahora, en nuestro siglo, —parafraseando a Rossi— busca en un diván, aunque no “de Viena”, otros posibles desenlaces.

La enumeración de problemas planteados en los ensayos de este número de *Acta Poetica* es múltiple y variada:

Reflexiones filosóficas sobre demonología; consideraciones acerca de las categorías evaluativas entre el Viejo y el Nuevo mundos; cavilaciones sobre la inseguridad del hombre sin asideros, el traspasable, o sea, el intermedio; revelaciones acerca de la inquisición y su “martillo para las brujas”; acercamientos al imaginario medieval sobre la mujer; análisis del sujeto y su construcción en el texto narrativo, cuestionamientos sobre la “alteridad”, sobre la “otredad”; la posmodernidad, la representación teatral, etc.

Todos estos textos han servido de demonios —ésta es su función— han sido transmisores dialógicos de las ideas de filósofos, de escritores o de personajes adquiridos, y apropiados, por los colaboradores de *Acta Poética*; han sido intermediarios entre nosotros y las obras comentadas. Cajas chinas que se abren como “cuevas de dos entradas”.

GRACIELA CÁNDANO FIERRO.
Instituto de Investigaciones Filológicas